

Antaño, por la Cuaresma, los retablos se vestían de morado y las violetas primaverales junto a los nazarenos campestres prestaban su tonalidad a las sargas con las que se cubrían imágenes y advocaciones. Alguien que conoce bien esta tradición litúrgica imprimió en morado el programa de mano del concierto que ofrecieron el Coro Tomás Luis de Victoria y el Ilíber Ensemble en la Catedral, y otro alguien, que se esmera en que todo salga bien y gratis, programó

la música acorde con este color cuaresmal y este tiempo de espera de la Semana de Pasión. De la muchísima música escrita para este momento clave del cristianismo, se eligieron piezas preciosas, en un viaje desde la Inglaterra de Dowland hasta la Italia de Lotti, pasando por la Andalucía de Lobo y la dualidad Ávila-Roma de Victoria.

Poco se puede añadir a lo escrito sobre el coro Tomás Luis de Victoria. Sus voces, sobre todo las femeninas, se esmeran en la expansión sonora,

bordan las fugas, como 'Eia Mater', y miman los ecos finales. Cuando actúa solo, su director Pablo García Miranda cuida del buen empaste, de la medida en los melismas, del sosie-

CRÍTICA/CLÁSICA
ANDRÉS MOLINARI

MÚSICA EN COLOR MORADO

go en los agudos y de la parca detención en retardos, tan deleitosa. Congenian con el abulense en convertir la complejidad polifónica en aparente sencillez sonora. Por otro lado, ya

era hora de que luciese en Granada un conjunto de música antigua. El Ilíber Ensemble, que dirige Darío Tamayo, viene a satisfacer una demanda largamente expresada. Juventud que no se opone a calidad, brío y ganas que pocas veces entorpecen la tersura sonora, cuerda, no siempre concorde, que casi llora lágrimas virginales en la pena cuaresmal, vientos, órgano y clave como inmueble, más que simple mobiliario, para que en él habite la bella música, aquella que por el tiempo de cuaresma toma el color de la malvas y las violetas.